

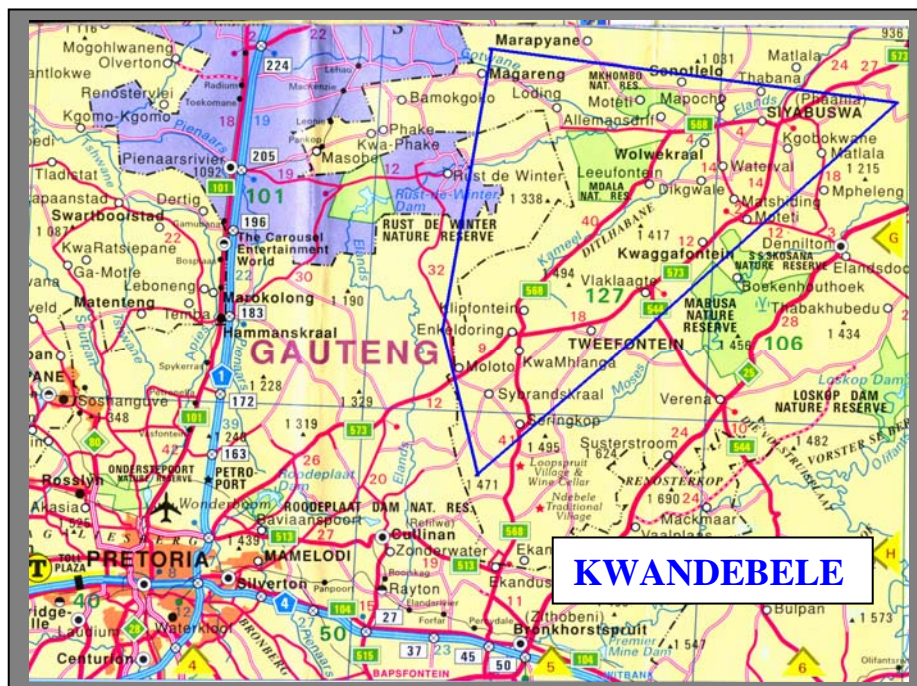


LA PINTURA

NDEBELE

LA PINTURA NDEBELE.

El pueblo NDebele ha sido durante mucho tiempo un estereotipo de la admiración y el estudio que la cultura occidental ha prestado a las más originales y sorprendentes etnias africanas. En el Museo de Antropología Nacional de la Ciudad de Méjico, al entrar en las salas introductorias, donde nos explican la diversidad de etnias presentes en el planeta, podemos observar unas fotografías que, tomadas por los primeros antropólogos occidentales que los visitaron provistos de tales instrumentos, nos muestran diversas instantáneas en la vida de un poblado NDebele, donde podemos observar las características casas decoradas. No han sido pocos los tratados que se han dedicado a sus peculiares costumbres rituales, sus trabajos con cuentas, de origen oriental, y sobre todo, a sus luminosas pinturas murales decorativas para viviendas, realizadas por las esposas del tradicional matrimonio polígamo, para competir con las demás en reconocimiento y status social, utilizando los más innovadores diseños y colores.



Estas gentes consideradas hoy como pertenecientes a la etnia NDebele provienen de alguna tribu proto-Ngoni que habitó hace 4 siglos en lo que ahora se llama Kwazulú y Natal. Dispersos después de tantos años de enfrentamientos con los colonizadores, los principales grupos están hoy día en los alrededores de Harare, Zimbabwe, (llamados también Matabele) y en una pequeña región al noreste de Pretoria llamada KwaNdebele, estos últimos reunidos allí como consecuencia de la antigua política de apartheid.

En ejecución de su estrategia racista, el gobierno de Sudáfrica desarrollo, hacia 1955, su política segregacional de Homelands. Esta consistió en mover a millones de habitantes desde sus ciudades y granjas a campos de reasentamiento constituidos en estados independientes, los cuales naturalmente, quedaban fuera de la republica de Sudáfrica, con el único criterio de separación étnica. Entre ellos hubo un grupo de cientos de miles de NDebeles, quienes fueron desposeídos de sus pocos derechos como ciudadanos surafricanos, alojados en un área al noreste de Pretoria que en adelante será llamada estado nacional de KwaNdebele.



Esther Mahlangu y su vivienda.



Angelina NDimande y su vivienda.

Esta nueva situación produjo cambios cruciales en las costumbres y vidas de los realojados. Mientras que los hombres estaban fuera todo el día o la mayor parte del año, ya que el trabajo sigue estando fuera y lejos en las ciudades, son las mujeres las que se han de ocupar de la casa, la familia y los asuntos cotidianos, recayendo en ellas la responsabilidad de mantener la identidad del grupo, como individuos y como nación.

En cuanto al mundo del arte y de la cultura podemos decir que en ese momento la situación en Sudáfrica es completamente diferente al resto del continente. Existía aquí una antigua población blanca culta que practicaba el coleccionismo y el mecenazgo, y había ya un cierto mercado para el arte y más galerías y críticos que en el resto de los países de la zona. Hace mucho tiempo que están acostumbrados a convivir muchas razas al sur del río Orange, aunque las relaciones entre ellas no hayan sido precisamente de igualdad. Por otra parte los NDebele reciben presión doble en el mismo sentido pero que provienen de dos intereses opuestos. Por un lado las autoridades, aprovechando la adaptabilidad de las mujeres al cambio, intentarán vestir estos desnudos reasentamientos con la nueva y aceptable moda étnica, proporcionándoles encargos

para la decoración de edificios públicos, respaldando una visión puramente folklórica de la zona. Por otro lado, el A.N.C. (Congreso Nacional Africano), principal partido de la oposición, impulsó la aparición del arte entre la población negra como "trabajadores culturales" en la lucha política por el derrocamiento del apartheid.

El Umuzi, vivienda típica NDebele, consta de varias habitaciones independientes construidas alrededor de un patio central cercado por un bajo murito. La decoración de las paredes se realiza buscando la mayor impresión para la persona que accede, dándose mayor importancia y riqueza decorativa a las fachadas delanteras del cercado, de la puerta de acceso a este y de las habitaciones principales, como salón y cocina. Cada artista sigue una línea de peculiar personalidad dentro de la estilística general del grupo. Durante el periodo de iniciación, "Wela", en que los varones eran llevados fuera del poblado durante 3 meses para ser instruidos, las madres quedaban con las niñas en edad púber. Eran también para ellas días de iniciación en los secretos femeninos, entre los que están el arte de los vestidos y adornos de cuentas de colores junto con la pintura mural; oficios y técnicas que no se enseñan en la escuela. Este antiguo ritual ha permitido a las mujeres NDebeles perpetuar su herencia cultural hasta nuestros días.



Francina NDimande y su vivienda.

Con una idea lejana del artista occidental; más cercano a una aceptada forma de comportamiento social transmitida de madre a hija, las esposas diseñan motivos geométricos trazados sin boceto, con la sabiduría de la práctica, en los que se mezclan figuras decorativas y motivos rítmicos. Se trata de objetos de la vida cotidiana escogidos entre los que no se encuentran en las casas, como televisores, aparatos de radio, bombillas, largas escaleras, cuchillas de afeitar, "objetos del deseo" estilizados al máximo hasta la abstracción; primera apariencia de estas pinturas. Esta representación detallista del universo de objetos dispares constituye una apropiación simbólica, pero ante todo son producto de una incesante búsqueda de nuevas formas. En la antigüedad estas pinturas se realizaban para decorar las casas con colores naturales, tierras, sienas, ocre y negros que se fijaban a las paredes con ingredientes que proporcionaban durabilidad contra las agresiones del clima. No obstante, debían ser retocadas todos los años después de la época de lluvias. Desde los años 1940-50 la paleta de colores se amplía al tener acceso la artista a la oferta de pinturas industriales de los almacenes.

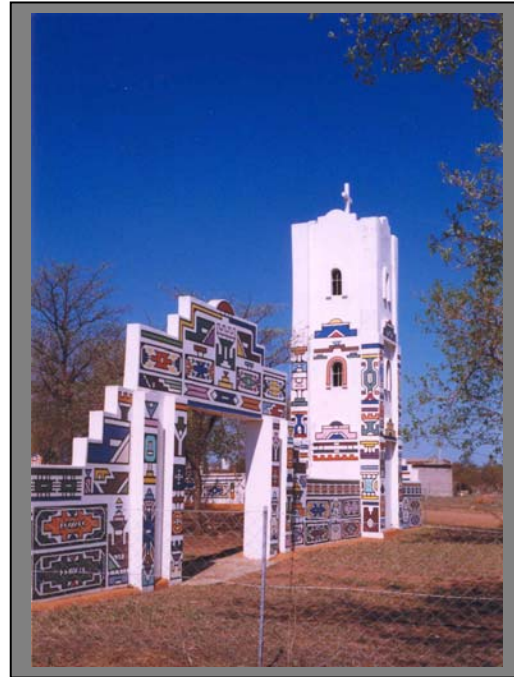


Escuela taller para niñas.

Es a partir de los años 80 cuando la tradición artística tradicional sufre el mayor cambio al evolucionar, tocada por la modernidad, hacia arte contemporáneo africano, cumpliendo, como veremos a continuación, todas las características propias de este renacimiento de las artes africanas de la segunda mitad del siglo, en el que se inserta.



Iglesia Parroquial de Mapocho,
proyecto decoración de Francina NDimande.



En primer lugar, gracias a la aportación que en la primera mitad del siglo hicieron los talleres dirigidos por europeos en las ciudades más importantes, los artistas, y no solo ellos sino toda la población, se pone en contacto con los conceptos occidentales sobre arte moderno. La información sirve. Aparecen entonces ideas sobre nuevos trabajos para aquellos que poca salida tienen a la pobreza, trabajos que tienen ya un mercado y que necesitan ser transportadas en soportes móviles ligeros, como las telas diversas y el papel, que nunca antes habían sido utilizados en el arte tradicional africano y que resultaron esenciales para el comercio de los trabajos pictóricos NDebele. Tanto en los talleres como independientemente, el arte es

producido como mercancía expresamente trabajada para ser vendida, perdiendo el carácter mágico-religioso del que habían estado revestidas las piezas clásicas y acercándose al mercado del arte contemporáneo, del que van a depender casi exclusivamente si descontamos la presencia de coleccionistas locales, excepcional en cualquier otro país africano. El cristianismo y los valores occidentales mitigan la fuerza con la que se han de mantener costumbres y tradiciones pero también son un punto de partida.

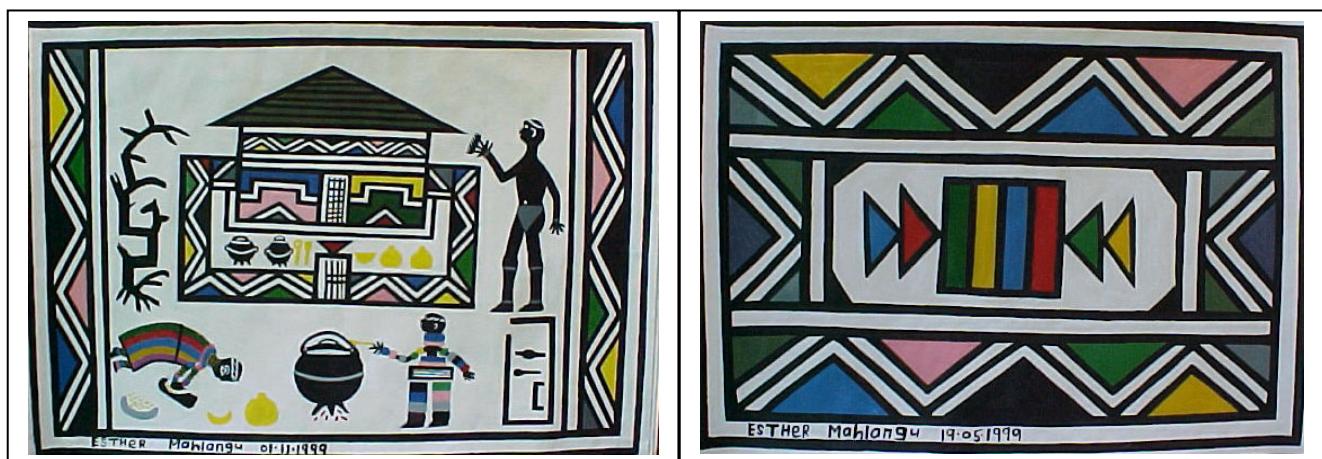
Fue probablemente Esther Mahlangu quién dio el primer paso animada por una élite de críticos y entusiastas del arte y fue ella quien, puesto que los niños no asisten ya al Wela, organizó un taller en casa, como escuela para las niñas que quieran aprender a pintar con papel, pintura industrial y pincel de plumas de gallina. Estos talleres de niñas son ya frecuentes, por suerte, en las casas de las otras muchas artistas que viven en los alrededores de Mapocho. La enseñanza de la técnica deja de ser una iniciación y empieza a ser formal y la pintura deja de ser una competición y empieza a ser un oficio, perdiendo esa función social que tenía en el entorno de la valoración y el reconocimiento familiar para convertirse en una cultura que ha dado la vuelta al mundo.



Fundación NDebele

Entre las numerosas artistas que habitan y pintan en la región es imprescindible señalar también a Francina Ndimande quien, con una presencia continuada en catálogos y tratados, fue responsable de la decoración de la peculiar Iglesia de Mapocho. Asimismo impulsora de una escuela taller, que dirige junto a su hija Angelina Ndimande, hoy una relevante pintora, su colaboración con diversas iniciativas locales y extranjeras ha fructificado en la reciente inauguración de la Fundación NDebele, centro para la promoción, comercialización y estudio de la cultura NDebele que ofrece alojamiento y formación a las jóvenes interesadas en el aprendizaje de las tradicionales técnicas.

Actualmente se observa una preocupación en aumento por la supervivencia de esta cultura entre la población local, por el interés que supone la práctica de estas técnicas artísticas como forma de sustento; en ámbitos administrativos culturales, por el valor que muestra la comercialización de una variedad de productos, artísticos y artesanos, que integran una verdadera industria; y a niveles internacionales, por el evidente interés que despierta su original personalidad allende sus propias fronteras.



Pinturas sobre cartulina de Esther Mahlangu

Aparte ya del propio interés plástico artístico y crítico, la llamativa estética Ndebele, colorista y luminosa, ha sido y será objeto de numerosos trabajos etnológicos, reportajes documentales, o colecciones fotográficas, motivados por la deslumbrante admiración que despierta en todos los ámbitos del saber. Afortunadamente hoy podemos decir que los trabajos de advertencia y difusión del pasado, como el que presentara la fotógrafa Margaret Courtney-Clarke en 1986, han tenido optimistas resultados.



Pintura sobre papel cartulina de Angelina NDimande, izquierda, y Niambili.

No sabemos si la pintura NDebele sobrevivirá después de los apoyos que está recibiendo, aunque en la actualidad todavía convivan los dos soportes, pared y tela, no se puede entender el segundo sin haber conocido el primero. Lo que sí es seguro, como afirma Esther Mahlangu, es que la cultura Ndebele tendrá una mayor oportunidad de perpetuarse por el impacto que produce sobre otras gentes y otras civilizaciones.

Texto y fotos de Luis Tembory.
5 Agosto 2000.